

9. La mujer vestida de sol – Apocalipsis 12,1-6

Los rostros de María en la Escritura

El Apocalipsis es un texto de lucha, marcado por la sangre de la historia, pero es también una obra de contemplación envuelta en un halo de luz de la cual emerge el jubiloso fin de la historia, cuando toda lágrima será enjugada y la muerte habrá desaparecido para siempre (21,14). El texto pertenece al género “apocalíptico”, rico de símbolos misteriosos y de signos grandiosos y atemorizantes. El autor del texto, no obstante, lo define como “profecía” (1,3; 22,7.19), que en el lenguaje bíblico es sobre todo interpretación de los signos de los tiempos presentes y llamado de fidelidad en el momento presente. La intención del texto, por tanto, es aquella de ayudarnos a vivir con esperanza, a ser optimistas sin ignorar el sufrimiento, en la certeza que el maligno no tiene más poder sobre nosotros y que el universo está en las manos de Dios Padre, que se toma el cuidado incansablemente de sus creaturas.

En el capítulo 12, ciertamente una de las páginas más notables del Apocalipsis, aparece una figura misteriosa: la mujer vestida de esplendor, que está para dar a luz frente al dragón, que espera para devorar al niño (cfr. Ct 6,10). La tradición de la Iglesia ha visto en esta mujer alternativamente a la persona de María y la personificación del pueblo de Dios, de Israel y de la Iglesia. El nacimiento del Mesías, en efecto, se ha realizado y se actualiza continuamente, en cada creyente como en María, a través de la encarnación de la Palabra y la acción del Espíritu. Esta mujer misteriosa, por tanto, es ante todo la Mujer por excelencia, la Madre, la Esposa, la Reina: en ella contemplamos, como en Judith, en Ester, en la Esposa del Cántico, sea la belleza de María como la grandeza de aquello que cada mujer está llamada a ser, en la medida en la cual se hace colaboradora de Dios, para la salvación del mundo. Cada una de nosotras está llamada a ser esta mujer en el hoy de la Iglesia.

En el nacimiento mesiánico descrito en esta página, no nos encontramos frente al nacimiento de Belén, sino a aquella mañana de Pascua. Los dolores de parto corresponden a aquellos del Calvario, donde toda la Creación ha sido renovada en el parto de la Cruz, en el cual han sido implicados, cada uno a su modo, sea Jesús como María. El Hijo de la mujer, por tanto, no es solo el Cristo. En aquel niño está representados todos aquellos que, renacidos en el Bautismo, se han convertido en hijos de Dios, hijos de la Iglesia e hijos de María. La huida de la mujer al desierto es una especie de nuevo éxodo. El desierto, en efecto, es lugar de intimidad y de protección divina: después de la Pascua del Señor, se ha abierto el tiempo de la Iglesia, tiempo de persecuciones, en las cuales, sin embargo, no viene jamás a faltar el pan de la vida, de la Palabra y de la Eucaristía.

Para orar con la Palabra (Apocalipsis 12,1-6):

1. Me pongo en la presencia de Dios. Imagino que me encuentro dentro de la escena, frente a la mujer y al dragón y pido al Padre la gracia de poderme reflejar en ella.
2. Invoco la ayuda del Espíritu Santo repitiendo lentamente esta (u otra) oración:
“¡Espíritu Santo, vida de mi vida, ven a inundarme con tu luz divina! Enséñame a reconocer en mi cotidiano los signos de los tiempos. Haz que la Palabra pueda tomar carne en mí, como en María. Haz que también yo pueda colaborar en la Iglesia generando hijos e hijas para Dios. Amén”.
3. Leo lentamente el texto de Apocalipsis 12,1-6. Me detengo en tres puntos:
-**el sol y la luna** (v. 1): la luz del sol es la verdad de Dios, mientras la luna puede representar la ambigüedad de la creatura, siempre tentada al egoísmo, a replegarse en sí misma. Me pongo bajo la mirada de Dios, que ilumina la verdad de mi ser y me ayuda a pisotear la ambigüedad que hay en mí.
-**los dolores del parto y el dragón** (vv. 2-4): la mujer grita por el dolor, pero no se lamenta, ¡sabe que está para dar a luz un hijo de Dios! Por esto, ¡el dragón está enfurecido! En este

momento de mi vida ¿qué puedo ofrecer al Padre para que lo una al sacrificio de Jesús en la lógica del *da mihi animas*?

-el niño y el desierto (vv. 5-6): el niño y la mujer son trasladados rápidamente. Contemplo en la historia de mi vida el cuidado de Dios y sus intervenciones de salvación, para crecer en la certeza que Él hace todo para que ninguno se pierda.

5. Concluyo la oración con un coloquio corazón a corazón con María: le confío a Ella aquello que, en mi trabajo apostólico, me provoca cansancio o miedo y pido la gracia de poder participar de su valentía y de su fecundidad materna.

6. Padre Nuestro.

Después de haber concluido la oración, me detengo a reflexionar un poco: ¿Qué me ha sugerido el Espíritu en la oración? ¿Me ha animado y confirmado? ¿Me ha invitado a dar un paso de conversión? ¿Cómo pienso corresponder al don recibido en la oración?